

nos de Francia; é así despues del parto de la Reyna de Francia, muchas novedades se comenzaron, é por mandado del Rey de Francia mudaron el consejo, dejando de proseguir la comenzado, é partiéronse para Bretaña, porquel Rey Duarte de Inglaterra é Cárlos Duque de Borgoña comenzaban facer guerra al Rey Luis de Francia. En el qual tiempo el Conde de Barruy é muchos de los nobles de Inglaterra sacaron de prision al Rey Enrique, que dias avia estaba preso, y el Rey Duarte ovo de ir fuyendo en Borgoña por demandar ayuda al Duque su cuñado.

CAPÍTULO LV.

De las novedades quel Rey Luis de Francia en las partes de Italia movió.

El Rey Luis de Francia como fuese codicioso é promovedor de guerras, siempre procuraba novedades; é como ya oviese puesto discordia entre los Grandes de Inglaterra, despues del nacimiento de su hijo comenzó de hazer alianzas é nuevas amistades en Italia, é poner diferencia entre los Príncipes é los pueblos della, para lo qual ovo mayor lugar seyendo Padre Santo Pablo Segundo, á quien siempre novedades placian; é como se fallase muy rico é poderoso, pensaba todas las cosas poder traer á su voluntad por difíciles que fuesen; é como el Rey Luis de Francia oviese poco cuidado de reparar los males quel gran Turco á los christianos facia, curó solamente de atraer á sí la voluntad del Duque de Milan, Galiazo Maria Esforza, hijo del Duque Francisco Esforza; el qual aunque en muchas cosas siguiese las pisadas del padre, engañado por el deudo que ya tenía con el Rey de Francia, como fuese casado con hermana de la Reyna, acordóse con él, é ovo entrellos consejo que se ficiese amistad é alianza entrellos y algunos príncipes é pueblos de Italia, lo qual el Papa Pablo trabajaba, atrayendo á esto el Rey Fernando de Nápol, requiriendo en esto los florentines, los quales avian por grave de se partir de su vieja amistad, é demandaban algun tiempo para que mas honestamente aquello pudiesen facer. La concordia se hizo del Papa con el Rey de Nápol, la qual trajo al Rey mas provecho que honor al Santo Padre, como el Rey ovo del Papa las ciudades de Benavente é San German que á la Sede Apostólica pertenecian, porque la ciudad de Armiño, poco ántes ocupada, fuese restituida al Papa, é el hijo de Sigismundo, á quien la habia querido restituir, la tuviese consigo en la provincia de Nápol, ó le proveyese dándole equivalencia por la ciudad de Armiño quel Santo Padre avia dado como aquella ciudad á el hijo de Sigismundo perteneciese por ser patrimonio de su Padre; é como esta amistad no toviese verdadero fundamento de virtud, della se siguió gran daño al negocio principal de la guerra de los turcos, como los venecianos al comienzo destas cosas estoviesen como atónitos, é no pudiesen proveer á los negocios de Italia como convenia en las cosas de la guerra de los turcos, en que todos esta-

ban turbados, no sabiendo donde la armada suya dispararía.

CAPÍTULO LVI.

Del perdimiento de la isla de Negroponte.

E por la poca resistencia quel gran Turco en los príncipes christianos falló, acrecentó mucho la gloria é la grandeza de su imperio, titulándose de títulos muy injuriosos á la christiana religion; é ya hallándose tan poderoso sin fallar ninguna repunancia parecióle grave de comportar que los venecianos libremente poseyeren la isla antiguamente llamada Boecia, que agora Negroponte se llama, que es en el mar greciano, donde fué la muy excelente ciudad de Tebas, que malaventuradamente cayó, cerca de la qual es el monte Parnaso é no muy alongado de allí la ciudad de Lacedemonia; é los venecianos sospecharon quel gran Turco queria señorear aquella provincia, é algunos decian que avia de ir sobre Cecilia, é otros en la isla de Creta, é otros en otras diversas partes. Pero como los venecianos conociesen el gran desamor quel gran Turco les avia siempre, creyeron que iria sobre Boecia, para lo qual proveyeron enviando un capitan suyo llamado Nicolao de Canal, con quarenta y cinco galeas é quince carracas, mandándole que estuviese en las islas Caladas para socorrer é guardar sus tierras, é para prestamente resistir á la flota del Turco donde quiera que supiesen que estava. En este tiempo el gran Turco embió con su flota un capitan llamado Mahomad, vizcaino, con quatrocientas é treinta y cinco velas de diversos navios; é mandóle que fuese en la isla de Boecia, sin que persona del mundo supiese donde iba; é así la flota del Turco se vino en el mar Egeo, y llegó á la isla de Tenedos el dia primero de Junio del año de nuestro Redentor de mil é quatrocientos é setenta años. E de allí se partió en once de Julio en la isla de Embros, donde tomó por combate una villa que tenia un capitan veneciano llamado Juan Marcos, caballero muy esforzado, el qual fué allí muerto, é con él trecientos hombres escogidos. E de allí la flota se fué en la isla de Lemnos, la qual tenia Antonio Jacobo, ciudadano de Venecia; en la qual cinco dias continuos combatió un castillo llamado Policastro, é no lo pudo ganar por ninguna fuerza ni arte. E de allí se fué á la isla llamada Carteron, donde quemó una pequeña villa, el castillo de la qual no pudo ganar, é desde allí se fué á la isla de Boecia, agora llamada Negroponte; y en el mesmo dia que la flota allí surgió, llegó el gran Turco con infinitas gentes de caballo é de pie, que avia pasado por Tesalia é por Acaya, é luego mandó facer artificiosamente sobre naves una maravillosa puente en que avia en luengo trecientos pasos é quarenta en ancho, por donde toda su gente pasase en la isla sin trabajo. E de la flota descendieron allí con su capitan cinquenta é cinco mil combatientes; el qual puso su real cerca del monesterio de San Francisco, y el gran Turco puso el suyo junto con

el monesterio de Santa Clara, é todas sus tiendas eran coloradas. Y el primogénito del Turco puso su real tambien de tiendas coloradas de la otra parte de la villa. E traía el gran Turco, entre muchas otras artillerías, diez tan gruesas lombardas, que un hombre puesto de rodillas podia entrar en qualquiera dellas sin llegar cabeza arriba, é treinta cortagas de grandeza increíble, é muchos engeños é trabucos é cabritas, con que combatía la villa de tal manera, que de dia ni de noche un momento no habian de descansar. Con todo eso la virtud é valentia de los christianos éra tan grande, que aunque ninguna esperanza tenian en los muros ni fosados, que estaban llenos de agua, segun los pertrechos é puentes é bastidas y escalas que los enemigos tenian, no dejaban de ferir muchos turcos, creyendo por las manos poderse defender, como quatro dias sin cesar oviesen maravillosamente peleado sin les poder entrar por ninguna parte con bastidas ni escalas; é se creia que no les entrarán, si no fuera por la traicion de Tomas Ilirico, que dió lugar á los turcos; los quales avian muerto todos los moradores de las islas ya dichas, solamente dejando para su servicio los mozos y mozas; y el gran Turco mandó cegar el fosado, questaba lleno de agua, con gran muchedumbre de gabillas de sarmientos, donde queriendo entrar los turcos, fué puesto fuego por algunos caballeros italianos que allí estaban, donde por fierro é por fuego fueron muertos catorce mil turcos é muy pocos christianos. Y el siguiente dia, como los christianos toviesen su bandera sobre la cerca, los turcos ovieron tan grande enojo, que súptamente todos vinieron á combatir la villa por diversas partes; é como los christianos oviesen muchos tiros de pólvora é gran ballestería, tan duramente pelearon que mataron dellos diez y seis mil. E otro dia volvieron á combatir la villa no con menor ardidez é osadía que los dias pasados, en el qual combate murieron tres mil turcos; y en este dia se mostró claramente la traicion de Tomas Ilirico, por ayuda é favor del qual los christianos vinieron en perdimiento, é los turcos se esforzaron tanto, que subieron por la parte de los muros questaban derribados, é allí fué la pelea muy agramente peleada por ambas partes; é tan grande era la mortandad de los hombres é caballos, que se hizo con ellos llana la entrada del fosado. Duró tanto esta pelea que era cerca del dia quando los turcos ganaron el muro de la villa, é la crueldad del Turco fué tan grande, que ninguna persona perdonó; é muertos todos los christianos por mandado del gran Turco, fueron contados todos los muertos así turcos como christianos, é fallóse de los turcos ser treinta y nueve mil, é de los christianos treinta mil. Y el mal aventurado caballero Nicolao de Canal, capitan de los venecianos, que muy cerca dende estava con quarenta y cinco galeas é quince carracas, no quiso socorrer á los de la villa, ni tampoco á los caballeros italianos que su ayuda esperaban; el qual les pudiera mucho valer si quisiera. Esta vitoria avida por el gran Turco, de allí se partió para islas cercanas, las quales todas

se le dieron sin pelear. De lo qual gran variedad avia de pensamientos en el Senado de Venecia, porque este caballero en muchas cosas pasadas se avia mostrado forzado é valiente, é siempre avia dado de sí buena cuenta; é los unos creian questo fuese por trato que con los turcos toviese, otros creian esto ser fecho por parte del Santo Padre, porque como quiera que pareciese ayudar é defender é favorecer á los venecianos, muchos dias avia que tenia con ellos secreta enemistad, porque siendo el padre Barbo ante que fuese Santo Padre, el Senado de Venecia avia desterrado de allí á algunos parientes suyos. Como quiera que sea, este mal caballero pudiera mucho ayudar su partido si quisiera, segun el gran poder que tenia, por cuya culpa los venecianos recibieren gran daño, que toda la christiandad no bastaría á remediarlo.

CAPÍTULO LVII.

De la nueva embaxada de los franceses venida por el casamiento de Carlos, Duque de Guiana, con Doña Juana, hija de la Reyna.

En este tiempo el Rey Luis de Francia, que no solamente dejaba de ayudar é favorecer á la religion christiana mas aun á los príncipes é provincias á quien debiera traer á dar ayuda, injustamente fatigaba é contra ellos facia guerra, é fasta las postrimeras partes d'España metía discordias y disensiones. E del colegio de Roma sacó al Cardenal Trapacense, porque con la soberbia é audicia é maliciosa astucia de aquel buscasse cosas nuevas, al qual quiso fuese corredor del daño é aborrecible casamiento de Cárlos, Duque de Guiana, su hermano, con Doña Juana, hija de la reina Doña Juana. El qual por su mandado vino en la villa de Medina del Campo con docientas é cinquenta cabalgaduras, donde Rey Don Enrique los esperaba é los Grandes que se siguen: Don Juan Pacheco, Maestre de Santiago, Don Alvaro d'Estuñiga, Duque de Arévalo é Conde de Placencia, é los Condes de Benavente é Miranda, é Don Pero Gonzalez de Mendoza, Obispo de Sigüenza; los quales todos con gran pompa lo salieron á recibir, é desque fueron juntos en el palacio, el Cardenal esplicó su embaxada por palabras muy deshonestas, ca era hombre sin vergüenza é osado, é parecíale que la sabiduria en aquello consistia; y entre las otras cosas dixo algunas injuriosas al Príncipe Don Fernando é á la Princesa Doña Isabel y al Arzobispo Toledo, é atacaba de malicia é de infidelidad á la gente d'España, y con su soberbio fablar pensaba la voluntad de los oyentes, á quien claramente injuriaba, atraer á lo que queria, deseando quel casamiento del Duque de Guiana se concordase con Doña Juana, hija que se llamaba del Rey Don Enrique, é allende destas cosas otras muy mas locas palabras. En presencia del Rey é de todo su Consejo habló, no habiendo vergüenza de injuriar al Rey Don Alonso, é á todos los Grandes que con él estovieron, ni menos á los ausentes príncipes Don Fernando é Doña Isabel, al Rey tan conjuntos. En

deudo de lo qual, el Rey como fuese usado de sufrir injurias, ningun sentimiento mostró, ni tampoco los Grandes que presentes estaban, antes el Rey determinó de hacer este casamiento, é muchos ovo de los nobles deste Reyno, así de la casa del Arzobispo de Toledo, como de otros Grandes, que determinaron poner las manos en el Cardenal al tiempo que destos Reynos saliese, y sin duda se pusiera en obra si el Arzobispo y el Almirante Don Fadrique á ello dieran lugar; y el Rey continuando su propósito, dió forma de ir á la ciudad de Segovia para á hacer el desposorio de Doña Juana, que su hija llamaban, con Carlos, Duque de Guiana, hermano del Rey Luis de Francia; para lo qual tomó consigo á Don Juan Pacheco, Maestre de Santiago, é al Conde de Placencia, Don Alvaro d'Estuñiga, llamado Duque de Arévalo, é al Arzobispo viejo de Sevilla, Don Alonso de Fonseca, é á Don Diego d'Estuñiga, Conde de Miranda, é á otros muchos que favorecian este tan gran error. Y en veinte dias de Octubre del año de nuestro Redentor de mil é quatrocientos é setenta años se partió de Segovia, é se fué al monesterio de Cartujos que se llamaba Sotos Albos, donde el Marqués de Santillana é sus hermanos avian de venir con Doña Juana, hija de la Reyna; la qual como el Rey supo que venia, por la mas honrar, la salió á recibir; é desde todos fueron juntos en un valle que entre Buytrago é una pequeña aldea que ende está, se comenzó á entender en el negocio, é el Rey en presencia de todos declaró su voluntad en gran daño de la princesa Doña Isabel su hermana. Haciendo dia muy claro, un viento súbito se levantó con una tan grande escuridad de fiublados é de agua é granizo tan grande, que no se pudiendo remediar, se partieron los unos de los otros, buscando cada uno donde pudiese guarecerse, dejando á Doña Juana sola. Ni el Rey que era usado de sufrir muchas veces nieves é vientos, no se pudo sufrir, que no desamparase la hija tan amada, la qual sola quedó con un mozo despuelas, el qual la puso debajo de algunos robes, y estuvo allí una gran pieza fasta que pasó aquella turbacion; é los caballeros con gran vergüenza volvieron á la buscar, de los quales algunos ovo que pronosticaron de aquel caso los males que despues vinieron, á causa desta Doña Juana, nacida por daño universal d'Espana; lo qual conocian por la voluntad divina aver seido fecho, porque fuese por todos conocido el aborrecible ayuntamiento ser allí fecho en ofensa de Dios y en daño comun destos Reynos. Despues desto, el Rey con todos los caballeros ya dichos se volvió en Segovia por dar conclusion en lo por él deseado. E queriendo el Rey que los autos del desposorio se celebrasen, los embaxadores del Rey de Francia dixeron que antes questo se ficiese, querian ver el derecho que Doña Juana tenia á la sucesion de los Reynos de Castilla é de Leon; que como á todos fuese notorio el debate que avia si esta sucesion pertenecia á Doña Isabel, su hermana del Rey, ó á Doña Juana su hija, que á ellos convenia ver la certitumbre de aquesto, ante

que se obligase el Duque de Guiana á este casamiento á ellos encomendado, porque de aquí no se signiese guerras ó daños entre los franceses é españoles, entre los quales avia buena paz. A los quales el Rey é la Reyna respondieron que eran prestos á mostrar la obediencia fecha por legítima heredera sucesora destos Reynos á Doña Juana su hija, con juramento y omenaje de los Grandes de los Reynos de Castilla y de Leon, por todos los pueblos dellos; el qual juramento é omenaje fazia asaz firme el derecho hereditario de Doña Juana, su hija; pero si allende desto otra mayor seguridad querian, porque no fuesen acusados de negligencia por el Rey de Francia é por el Duque de Guiana que avia de ser príncipe de Castilla é de Leon, le placia en público delante de todos, la Reyna, en la Iglesia mayor de Segovia, solemnemente recibir el Cuerpo de nuestro Señor, y diciendo la misa el Cardenal, é antes que acabase de consagrar, tomó el *Corpus* en las manos, y subió la Reyna Doña Juana al altar mayor, y en presencia de todos juró ser hija D.^a Juana del Rey Don Enrique y della, de que los embaxadores fueron contentos; é dixo que por tal la daba de muy buena voluntad por esposa á Carlos, Duque de Guiana, con consentimiento, así de los Grandes destos Reynos, como de los pueblos; lo qual los embaxadores acetaron, y el desposorio se fizo con grandes alegrías y juegos. Y luego el Rey Don Enrique reprobó á su hermana por ciertas cláusulas escritas en letras que por estos Reynos envió, porque todos fuesen certificados de la reprobacion fecha por él de Doña Isabel, su hermana. No ovo temor de Dios ni vergüenza del mundo el Rey Don Enrique de hacer este aborrecible desposorio; aviendo pasado los autos ya escritos cerca de los Toros de Guisando, en presencia de los Grandes destos Reynos y del Obispo de Leon, legado á latera é Nuncio Apostólico, é infinitas gentes, donde confesó espontaneamente é juró en las manos del dicho legado públicamente, Doña Juana ser hija adúltera de la adúltera Reyna Doña Juana, é no suya; é allí juró é fizo jurar á todos los Grandes que allí estaban por princesa é legítima heredera destos Reynos é señoríos á la señora Doña Isabel, su hermana.

CAPÍTULO LVIII.

Del bienaventurado parto de la Serenísima Princesa Doña Isabel, é de como le fué tomada por el Rey Don Enrique la villa de Medina del Campo.

Como en este tiempo no solamente muchos de los Grandes destos Reynos, mas generalmente todos los pueblos estoviesen deseosos de ver el parto de la Princesa, mayormente los que en la villa de Dueñas estaban con ella con muy mayor ansia lo esperaban; é como ya se acercase el dia é las señales pareciesen, estaban en gran cuidado recelando su peligro. E plugo á nuestro Señor que á quatro horas del dia del mes de Octubre del año de nuestro Redentor de mil quatrocientos setenta años, la se-

hora Princesa parió una hija, á quien llamaron Doña Isabel como á su madre. E cerca del Rey Don Enrique estaban dudosos si era hijo ó hija. Como de la verdad fueron certificados por mandado del Rey, Rodrigo de Ulloa y Alvaro de Bracamonte, se fueron á Medina del Campo que era de la Princesa, é luego quitaron su justicia é pusieron otra nueva en nombre del Rey; é de las rentas de las ferias que en aquella villa dos veces en el año se facen, el Rey dió la mayor parte á Don Garcia de Toledo, Duque de Alva, é la otra parte dió al Arzobispo viejo de Sevilla en gran mengua y daño de su hermana la Princesa en galardón de no haber querido tomar el título de Reyna quando el Rey Don Alonso su hermano murió. E trabajaba porque la ciudad de Avila, que á la Princesa obedecia, le fuese tomada, á la qual empachó el presto remedio del Príncipe, que luego á ello envió á Gonzalo Chacon con ciento é cinquenta de caballo, é envió á mandar á Pedro de Avila, señor de Villafranca é de las Navas, que se juntasen ambos á dos é toviesen la guarda de aquella ciudad. En el qual tiempo de dos fortalezas queran del Arzobispo de Toledo é se las auian furtado, se facian grandes robos, la una llamada Canales, que tenia Cristobal Bermudez, é la otra Perales, que tenia Vasco de Contreras; á los quales el Rey Don Enrique mucho favorecia. En este tiempo vino en estos Reynos un caballero de la Orden de San Juan, Guido de Monte Alvaldo enviado por embaxador del maestre de Rodas con facultad suya é con letras del Papa Pablo para proveer del Priorazgo de San Juan á Don Alvaro d'Estuñiga, hijo del Duque de Arévalo, al qual el padre en ninguna cosa ayudaba, porquel Maestre de Santiago ayudaba á Don Juan de Valenzuela, que por Prior de San Juan se avia; al qual el Príncipe é la Princesa y el Arzobispo de Toledo favorecieron. A Don Alvaro d'Estuñiga desbarató la gente que el Maestre avia embiado en favor de Don Juan de Valenzuela, é tomó la fortaleza de Consuegra é labróla é fortificóla; y en este mesmo tiempo Don Alonso de Monroy, Clavero de Alcantara, como sopiese que doscientas lanzas del Maestre Don Gomez de Solis estoviesen cerca de Guadalupe, se fué á pelear con ellos, é metiéronse en la villa, é allí los cercó; é los principales se lo dieron, é á los otros despojó de caballos é armas é así los embió; de que gran daño se siguió á los moradores de aquella villa.

CAPÍTULO LIX.

De la villa que ovo Don Jorge Manrique, que ayudaba á Don Juan de Valenzuela, prior de San Juan de quel ovo la victoria.

En mucho fué culpado de todos el Duque de Arévalo por dexar de ayudar á Don Alvaro d'Estuñiga su hijo por complacer al maestre de Santiago, que á Don Juan de Valenzuela favorecia; el qual Don Alvaro ovo de buscar el favor del Arzobispo de Toledo é de sus primos los hijos del Conde de Paredes, Don Rodrigo Manrique, entre los quales Don

Jorge Manrique comendador de Montizon maravillosamente favoreció á Don Alvaro d'Estuñiga su primo; el qual como fuese caballero mucho esforzado é con entera voluntad quisiese ayudarle, muchos de los que al Rey Don Enrique seguian y estovieron juntos en Ajofrin, lugar de la ciudad de Toledo, Don Jorge con la gente que pudo aver, aunque no era igual número de la que ayudaban á Don Juan de Valenzuela, determinó de ir á pelear con ella, é salió de la villa de Alcazar, en un dia del mes de Diciembre del año setenta; é porque la gente de caballo que llevaban era poca, acordó de llevar peones bien armados, é porque no se causasen, mandólos sobir en carretas; é como el camino era llano, andubo á gran priesa; é visto los enemigos que ya estaban en el campo, mandó que todos presuntamente viniesen é puso la gente de caballo en un tropel, é mandó poner los peones á su mano derecha é con grande osadia paso á paso fué ferir en los contrarios, donde la batalla fué asperamente peleada por ambas partes; é los peones siguiendo el mandado de Don Jorge, firieron tan sin temor en los enemigos, que mataron muchos caballeros é los que allí cayeron fueron luego por los peones degollados, de tal manera que los del Rey Don Enrique á rienda suelta ovieron de foir; é los enemigos así vencidos, Don Jorge se volvió á la villa de Alcazar donde avia salido.

CAPÍTULO LX.

De la muerte del Duque Juan hijo de Renel, que fué Rey de Cesilia, é del malaventurado caso acaecido al primogénito Conde de Fox.

Mucho ayudó la fortuna á los serenísimos Príncipes Don Fernando é Doña Isabel en un gran daño que se les aparejaba, si los franceses mucho tiempo poseyeran á Barcelona. Como el Rey Luis de Francia desde allí ganara la mayor parte de las fortalezas del Príncipe Don Fernando, así en Cataluña é Aragon como en los Reynos de Castilla é de Leon, como sea cierto que tanto que el Duque Juan tuvo á Barcelona con ayuda del Rey de Francia, cada dia se aumentaba el señorío del Rey Don Juan de Aragon; el qual ya no podia resistir los enemigos, así por la decrepita edad suya, como por la demengua del dinero, lo qual todo quiso nuestro Señor remediar maravillosamente; donde quiso que se cumpliese aquella sentencia de Gregorio que dice que entonce nuestro Señor embia los remedios, quando los hombres no esperan de averlos, cayendo estos daños sobre aquellos que buscaron sin causa destruir al verdadero Rey y su legítimo heredero; como ya no tuviesen ninguna ayuda á tan grandes fatigas, donde por la mano de Dios vino en el intruso Duque Juan que Rey de Aragon se llamaba tan grave enfermedad, que fué verdadera medicina á los trabajos é infortunios de Don Juan, verdadero Rey de Aragon, en tanto que como el Duque Juan se viese en peligro de muerte é conociese aquella enfermedad serle venida por la

mano de Dios, mandó llamar á todos los principales de Barcelona á los quales amonestó é requirió é rogó que no quisiesen estar más en la rebelion que contra su verdadero Rey avian estado y estaban, mas á la clemencia suya con grande humildad perdon demandasen, á quien sin duda la potencia divina ayudaba como pareciese que en tanta edad, aviendo perdido la vista, se la avia tomado. É como los barceloneses estoviesen endurecidos en su malvada pertinacia, trayeron de lo postrimero de España á Don Pedro, Condestable de Portugal, hijo del Infante Don Pedro, al qual por Rey recibieron, y en breve tiempo malaventuradamente murió; é como en su enfermedad conociese que nuestro Señor quisiese dar fin á los trabajos del Rey Don Juan de Aragon, á los barceloneses exhortó que en otra manera mirasen las cosas que fasta allí las avian mirado, é inclinasen los corazones á la verdad, ni quisiesen tener la malvada rebelion que fasta allí contra su Rey avian tenido, en tal perdimiento é desolacion de aquella miserable ciudad, certificándoles que si de aquella enfermedad se levantaba él, buscara modo como con buena conveniencia é sin peligro de los ciudadanos el Rey de Aragon fuese señor de lo suyo, é si la muerte lo llevase, que otra vez y otra les rogaba y amonestaba que no buscasen otras nuevas redes en que se embolver, é conociesen á su Rey, é fuesen ciertos que la desordenada codicia y ambicion del Rey Luis de Francia avia fecho venir en aquella ciudad al Duque Juan su primo, por no solamente apoderarse del Condado de Rosellon é Concentayna, más de la provincia de Ampurdan, con sed inestinguible de ocupar todo lo que pudiese. Estas cosas é otras se afirman ser dichas á los barceloneses, los quales como ya estoviesen obstinados en su pertinacia, ninguna cosa de su propósito les pudo tirar; con todo eso, despues de la muerte del Príncipe, aunque mostraron defenderse con ayuda de los franceses, ya los populares claramente osaban decir mal de los mayores, é loaban la virtud del Rey á quien contra toda justicia tan luengamente avian aflejido; é turbó mucho los corazones de todos el mal aventurado caso acaecido al primogénito del Conde de Fox, á quien esperaban ser Rey de Navarra, al qual el Rey Luis de Francia avia desposado con su hermana, con quien entendia meter viva sentella en los Reynos de Aragon. É como en este tiempo viniese la nueva al Rey de Francia de ser fecho el desposorio de su hermano el Duque de Guiana con Doña Juana, llamada hija del Rey Don Enrique, ficieron en su córte grandes fiestas por este desposorio, entre las quales se ordenó una justa de guerra, en la qual el mal aventurado manebro primogénito del Conde Fox justó, é por liviano é feble arnes fuéle dado un encuentro que todo el cuerpo le pasó, é así supitamente murió; por quien muchos dixeron esto aver seido divino misterio, como el Rey de Francia con este pensase muy mayores daños administrar al ilustrísimo Rey de Aragon porque desde Navarra nueva

guerra los franceses pudiesen facer á Don Fernando, Príncipe de Aragon, Rey de Cisilia, á quien la sucesion pertenecia de los Reynos de Castilla é de Leon, y por cierto en otra manera lo dispuso la soberana Providencia, que todos los casos dichos quiso é ordenó que fuesen en favor é ayuda del Príncipe Don Fernando por destruir la maldad é porfiosa obstinacion de los barceloneses, los quales con toda el ayuda de los franceses nunca pudieron cobrar el puerto de Colibre, que cerca de Girona, por la industria é buena guarda de un capitán natural de Mayorga á quien el Rey de Aragon la avia dado, donde murieron muchos de los franceses con tiros de pólvora é ballestas por la virtud de los buenos que en aquella fortaleza estaban, que con mano vigorosa ficieron fuir los franceses.

CAPÍTULO LXI.

De la causa que ovo para los debates é guerras de Don Pedro de Velasco, Conde de Haro, con Don Pero Manriquez Conde Treviño, primo suyo.

La vecindad de la tierra de estos señores dió causa que entrellos oviese algun desamor; é como los vasallos del Conde de Treviño recibiesen algunos agravios de los vasallos del Conde de Haro, y él no lo remediase, el Conde de Treviño tenia desto gran sentimiento, como quier que lo disimulaba por no aver tiempo para se vengar: donde así fué que como el Rey Don Enrique todavía estoviese en propósito de casar á Doña Juana, hija de la Reyna, con el Duque de Guiana é conociese esto displacer á los vizcaynos é lipuscanos, parecióle ser necesario ponerles freno, para lo qual acordó de embiar en aquellas provincias á Don Pedro de Velasco, Conde de Haro, con sus poderes muy bastantes para los costrefir é apremiar á facer su querer é voluntad; é como el Conde de Haro era hombre sagaz é desease acrecentar su estado, parecióle esto le venir muy bien, é con muchas gentes se apoderó de la ciudad de Vitoria que es cabeza de la provincia de Alava, é desde allí trató con los de Malbateda con quien tenia antigua amistad, á los quales atrajo á su querer é desde Vitoria se fué para la villa de Bilbao, que es la más noble de Vizcaya, donde quiso mostrar su grandeza; é como los vizcainos tengan antiguas leyes é costumbres que puedan desnaturalarse del Rey si atentase quebrantarlas, y el Condestable ay quisiese algunas cosas facer contra sus leyes é costumbres, los vizcainos fueron dello muy mal contentos, é pensaron buscar su remedio, aunque la antigua discordia entrellos, en que innumerables gentes por fierro é por fuego avian sido muertos, así de linaje de Oñez como de Gamboa que aquella provincia señoreaba, les dava grande estorbo, y el odio que entrellos avia repunaba al deseo de la libertad, é la enemistad que ninguno fasta entónces pudo quitar de entre estos dos linajes á la ambicion y deseo de señorear aquella provincia. El Condestable buscó nuevas vias de reconciliar los enemigos de tan largos tiempos; ni pu-

dieran ningunos religiosos ni otras personas mitigar la ira de los corazones quel amor de la libertad pudo templar en el Conde de Haro, olvidando la persuasion del muy virtuoso é muy noble padre suyo, el qual al tiempo de su fallecimiento le rogó é requirió que á los grandes de Vizcaya é Lipuzcoa quisiese tratar amigablemente como á parientes é mucho amigos, certificándole que si en otra manera lo ficiese se le seguiria dello gran daño; é como ya los vizcainos oviesen enteramente conocido el propósito con quel Conde de Haro en aquellas provincias entrava, é fuesen ciertos que buscar remedio en el Rey seria demasiado, determinaron de requerir por ayuda á Don Pedro Manriquez, Conde de Treviño, el qual como quiera que fuese primo del Conde de Haro é como del estoviese quejoso, pensó serle venido tiempo para vengar sus injurias, lo qual podia bien facer con aquella gente que en tan gran fatiga se veia, é ovieron consejo de reconciliar á los dos principales caballeros, los quales eran Juan Alonso de Moxica é Pedro de Avendaño, hombres muy dispiertos en la guerra, los quales vinieron á la villa de Carrion, donde fallaron al Conde de Treviño; los quales como el Conde conociese dias avia ser enemigos, maravillóse de su venida, é habló con cada uno dellos aparte, é metidos en una celda en el Monesterio de San Francisco habló con amos á dos juntamente, é cada uno dellos mirando el uno al otro estuvieron turbados é ninguna cosa hablaron. É como el Conde viesse la turbacion suya, comenzó la fabla, rogándoles mucho que su vieja enemistad no turbase el bien comun é libertad de todos. Entónces Juan Alonso de Moxica dijo á Pedro de Avendaño: «Pedro de Avendaño, ¿dónde está mi padre que vos cruelmente con fuego matasteis?» Al qual Pedro de Avendaño respondió: «¿Qué voluntad pensais que os tenga aviendo por vuestra mano muerto á mi hijo é á mis hermanos é á muchos otros de mis parientes?» Oidas estas palabras por el Conde, dijo: «Parientes, señores y amigos, dejad de hablar en las viejas querellas; encomendaldas á olvidanza, pues otro remedio no tienen, é fáblese en las cosas presentes de que mayor caída para todos se espera; ¿qué dolor puede aver en los que ya perecieron así de una parte como de la otra? más es de doler de los que viven en miserable catividad que la muerte de aquellos que en libertad la recibieron que ninguna infamia podia ser igual á la de vosotros gente noble Vizcaya, á quien nunca la mano real pudo domar voluntariosamente, si quisierdes el yugo infame consentir. El justo imperio de los reyes nunca quisistes sufrir, ¿é sofriréis agora el tirano señorío del Conde de Haro? Pues tornad en vosotros las fuerzas que aver soliaes que vanamente ejercitasteis, con detrimento é daño vuestro é de vuestros parientes é amigos, para conservar vuestra libertad con mayor gloria é fama, é si ayuda habeis menester, aquí estoy yo, que no como principal, mas como igual de vosotros porné la vida y estado por conservacion de vuestra antigua liber-

tad.» Lo qual teniéndole en mucha merced, los caballeros ya dichos ficieron compromiso, é dejaron todas las cosas á querer é voluntad del Conde de Treviño, el qual luego fizo amistad de los dos caballeros con juramento é homenaje de siempre se guardar é honrar, é fizose casamiento de fija é hijo de los dos porque mas la paz entrellos se corroborase. É luego se dió forma á todas las cosas necesarias para echar de la dicha tierra al Conde de Haro, en así las gentes del un bando é del otro fueron conformes para ello.

CAPÍTULO LXII.

De la batalla que ovieron el Conde de Haro y el Conde de Treviño.

No fué negligente ni perezoso el Conde de Treviño en llamar sus gentes, así de á pié como de á caballo; é luego en el comienzo se trabajó por liberar la villa de Bilbao de la servidumbre en que esperaba quedar, é comenzó de apremiar y castigar algunos moradores della que eran conformes al querer é voluntad del Conde de Haro, en gran daño é perdimiento de la cosa pública de aquella villa; lo qual ligeramente se acabó, como para ello los dos bandos fueron conformes; é de allí se acordó de embiar gente así de caballo como de pié á la villa llamada Villarreal, que es de Pedro de Avendaño, muy cercana á la ciudad de Vitoria, porquel Conde de Haro no pudiese sin gran daño pasar por la estrechura de los montes que allí hay. Y en tanto questo se facia, la Condesa de Haro en persona vino con asaz gentes por pasar á la villa de Bilbao por el camino de Balmaseda, en el qual como quiera que hay muchas labranzas, no es el lugar cercado, pero hay muchas torres las quales por sus bandosidades, todos tenian muy aparejadas de ballestas é tiros de pólvora. É como ya la gente de Vizcaya toda fuese conforme para facer todo el daño que pudiesen al Conde de Haro é á sus gentes, de tal manera tomaron los pasos, que la Condesa no pudo pasar, é ovo de se volver con gran peligro de los suyos, y el Conde de Treviño estando cerca de Villarreal con gran gente, cada dia peleaba con los del Conde de Haro, é por los llanos de Alava venian é facian en ellos grandes daños, de que mucho se acrecentó el homecillo entre aquellos señores, en que muy gran daño recibieron los del Conde de Haro, é por eso acordó de dexar algunos dias de facer guerra, porque idos los vizcainos á sus lugares, él quedaba muy mucho mas poderoso así de gente como de dineros quel Conde de Treviño, mayormente que cada dia esperaba ayuda del Rey Don Enrique é del Maestre de Santiago; y como todo esto el Conde de Treviño conociese, no tardó de buscar ayuda que le convenia para lo qual requirió á Pero Lopez de Padilla, adelantado mayor de Castilla, caballero muy noble que ya en algunos peligros avian sido compañeros, del qual algunos sospechaban que ayudaria á la parte contraria como fuese yerno del Maestre de Santiago; á los quales

Conde de Haro é de Treviño el Maestre de Santiago envió afectuosamente á rogar que dejasen la guerra, é para que esto oviese lugar, tovo maña como el Rey se fuese á Búrgos, creyendo questo sabido, los Condes ambos á dos dejarían la guerra y el Rey en persona, si menester fuese, los iría á pacificar; é como el Rey creyese la parte del Conde de Haro estoviese mas poderosa é desease aquella oviese victoria, detóvose mas de quanto debiera, y entre tanto la batalla de los Condes se dió cerca de Monguia, ques muy cercana á la muy noble villa de Bermeo, donde la gente del Conde de Treviño á quien mucho ayudó la aspereza de la tierra, sobró á la muchedumbre de la gente del Conde de Haro, donde muy á speramente por ambas partes la batalla se peleó; pero á la fin como quiera quel Conde de Haro pelease animosamente como muy valiente caballero y esforzase mucho su gente, todavía ovo de ser desbaratado, é mucha della muerta, de la qual se afirma ser perdidos más de mil hombres, de los cuales fueron bien trecientos de caballo, entre los cuales fué muerto Alvaro de Cartagena, caballero mucho esforzado, hijo de Pedro de Cartagena; y el Conde de Salinas, Don Diego, é Don Luis de Velasco primo del Conde de Haro con gran trabajo se pudieron salvar; y el Conde de Haro fuera allí muerto ó preso, salvo porque fué bien guiado por algunos que la tierra sabian, é por muy ásperos é montuosos caminos con gran trabajo se pudo salvar. El Rey Don Enrique, que ante de la batalla otra voluntad tenia, despues de pasada comenzó averse más blandamente en las cosas que solia. ¡Oh quanto daño trae á los mancebos menospreciar el consejo de los padres ancianos! Que por cierto si este Conde de Haro creyera el consejo de su excelente padre, no viniera aquel rompimiento que vino con su primo, ni tomara por enemiga la nacion de Vizcaya que por amor siempre sirvió á su padre, el qual con prudencia muchas veces supo hacer de los enemigos amigos, é tanto fué caritativo é christiano é amador de sus vasallos, que como en algunas villas suyas oviese muchos judios é con los logros le pareciese aquello emprobecer, mandó so graves penas ninguno fuese osado de dar á logro; é como algun tiempo esto durase los vasallos se quejaron á él diciendo que muy mayor daño recibian en no fallar dineros á logro ni en otra manera como ya, no los fallando, les convenia vender sus ganados é lanas é pan é otras cosas adelantado, é por ende le suplicaban que diese libertad á quel logro se diese. El Conde queriendo en esto remediar, mandó poner tres arcas en Medina de Pumar y en Herrera y en Villadiego, poniendo en cada una dellas docientos mil maravedis, en los alfolies de cada una destas villas dos mil fanegas de trigo, mandando dar las llaves de lo ya dicho á quatro regidores de cada una de las dichas quatro villas, mandádoles que qualquier vasallo que menester oviese dineros ó pan fasta en cierto número, dando prendas ó fianza, le fuese prestado por un año, con lo qual conservó todos los vecinos de aquellas villas que todos

vivieron fuera de necesidad. Cosa fué por cierto esta de muy cathólico é prudente varon é muy dina de memoria.

CAPÍTULO LXIII.

De la muerte malaventurada del Papa Pablo segundo.

Conveniente cosa parece escribir aquí la nueva manera de muerte del Papa Pablo segundo, no vista semejante en el mundo fasta entonces, el qual mucho favorecia al Rey Don Enrique y encobria sus errores, la maravillosa muerte del qual dió testimonio de su torpe vida, el qual quando vivió siempre se ejercitó en cosas vanas, y en juegos, y en buscar las figuras de las monedas de los tiempos mas antiguos, y en mirar sus tesoros é piedras preciosas en lo qual siempre contemplaba, é procuraba tener cerca de sí nigrománticos é fechiceros; el qual, como fuese muy hermoso de gesto, é de cuerpo muy grande é muy sano, sin enfermedad alguna, la noche que murió fué fallado en su cama tan pequeño é tan flaco, como de un mozo pequeño de diez ó doce años, todo consumido é ferido el rostro é la cabeza en muchos lugares é los huesos de tal manera como si fuesen quemados en fuego; el qual se afirma tener en un anillo un espíritu familiar, por el qual muchas cosas sabia. É muerto así el Padre Santo, los suyos dieron muy gran priesa á su enterramiento, porque no fuese á todos manifiesta la nueva forma de su muerte, la qual bien conforme fué á su vida, como siempre se diese á deleites é pompas é obras vanas dejando entender en las cosas á que su divinidad le obligaba. Solo esto fizo bueno en su pontificado, que recobró algunos bienes del patrimonio de la Iglesia, que tiránicamente eran tenidos por algunos; é murió este Padre Santo en el mes de Agosto del año del nascimiento de nuestro Redentor de mil é quatrocientos é sesenta y un años, el qual no contentó del excelente palacio edificado por Nicolao quinto cerca de San Pedro, mandó hacer otro mucho mayor cerca de San Marco en Roma. Fué enterrado miserablemente en una pobre sepultura, é sucedió en su lugar Sixto quarto, frayle de San Francisco, ántes llamado Francisco de Ona, ginoves, maestro de Santa teología, el qual muchos cardenales crió de sus parientes; que en este tiempo nuestro los Padres Santos parece que para sublimar sus deudos son puestos en la silla de San Pedro, siendo en todo contra el órden de la Santa Iglesia.

CAPÍTULO LXIV.

De los escándalos acaecidos en la ciudad de Sevilla, entre Don Enrique de Guzman, Duque de Medinasionia, é Don Rodrigo Ponce de Leon, Marqués de Cádiz, é de la salida del Marqués de la ciudad de Sevilla.

Como en este tiempo las voluntades del Duque y Marqués estuviesen dañadas por las cosas entre ellos pasadas, é como ya muchos de los ciudadanos

estoviesen en desgrado é mal querencia del Marqués, la parte del Duque se hacia cada dia mucho mayor; é como de continuo entre las gentes destes señores oviese debates é contiendas é muertes é feridas de hombres, acaesció que en veinte y cinco dias del mes de Julio del año del nacimiento de nuestro Redentor de mil é quatrocientos é setenta y un años, ovo un tan gran ruido entre las gentes destes señores, que duró quatro dias, en que murieron é fueron feridos muchos de la una parte é de la otra, é puesto fuego en diversas partes de la ciudad, en que se quemaron muchas casas; é como quiera que allí estoviesen el Adelantado Don Pedro Enriquez é Don Pedro Estuñiga que segun quien eran debieran poner paz entre aquellos señores, ayudaron enteramente á la parte del Duque, porque el Adelantado y él eran casados con dos hermanas, é Don Pedro era casado con su hermana, é como los suyos fuesen muchos más que los del Marqués, ovieronse de retraer en dos colliciones de Santa Catalina é San Roman, donde se ampararon é defendieron de la muchedumbre de la gente del Duque é de los otros caballeros que le ayudaban; é algunos religiosos queriendo el servicio de Dios y el bien comun de aquella ciudad, se interpusieron y dieron medio como el Duque y el Marqués fuesen amigos é se juntasen en la laguna, é de allí anduviesen juntos por toda la ciudad porque fuese por todos conocida la amistad suya. É para mayor corroboracion de aquello, los religiosos tuvieron manera como el Duque y el Marqués hiciesen juramento é pleito omenage de se guardar verdadera amistad; é para mayor firmeza de lo así cumplir é guardar, partieron ambos á dos el cuerpo de nuestro Señor, de todos los caballeros ciudadanos é comunidad de aquella ciudad fueron mucho alegres, creyendo que la paz entre ellos para siempre se guardaria. La qual duró fasta un miércoles veinte y siete de Julio del dicho año, en el qual dia algunos dicen que estando el Marqués durmiendo la siesta muy seguro, segun las cosas entrellos pasadas, que dos hombres de pié el uno del uno, y el otro del otro, murieron, é comenzaron á llamar apellidos. Juntóse mucha gente de una parte y de otra, de manera que comenzaron á pelear, tanto que entraron por el barrio del Marqués, firiendo é matando é robando á los suyos, é otros afirman que la gente del Marqués comenzó aquesta pelea, é que sobre aquello ovieron de venir la gente del Duque y él en persona; lo qual dice se hizo tan de súbito, que los del Marqués no se pudieron tanto ayudar de las armas como les cumplía; con todo eso pelearon de tal manera, que muchos dellos fueron heridos é muertos, así de la parte del Duque como del Marqués; el que viéndose así apretado, puso estancias en las calles donde fué combatido tres dias; en el qual tiempo fueron muchos muertos é feridos, así de una parte como de la otra, é á la fin, como el Marqués viese la gran ventaja de gente que el Duque tenia, á quien ayudaba la mayor parte de la ciudad, y él se viese arrinconado en una pequeña par-

te de allí, tomó por remedio dexar la ciudad é partirse para Alcalá de Guadaya [lo qual fué causa por lo mucho que quiso alargar sus estancias; é como tenia poca gente, é como tenia mucho que guardar, no pudo sufrir, de que de necesidad ovo de irse. Ido, le robaron la casa, y estándola robando, llegó el Duque, y el Adelantado dixo al Duque que sería bien que no se la robasen, y dixóle el Duque que entrase él allá, y entró, toda la qual halló que no se habia robado, é dióla á Doña Isabel de Leon, mujer de Don Pedro el Bayo, hermana del Marqués; é demas de todo esto fué la causa principal el fuego que pusieron los suyos á la iglesia de San Márcos, la que se quemó, y viéndola arder el Marqués dixo que no habia medio de apagalle; al qual pesó mucho del fuego que se puso; y la Marquesa su mujer, despues de él muerto, dió para ayuda á la labor de la iglesia] (1); é como la fortaleza de Alcalá de Guadaya, tuviese Hernan Darías de Saavedra, cuñado del Marqués, casado con Doña Constanza, su hermana, mandó llamar todos los caballeros y escuderos que ende tenia, de los quales algunos vinieron, é otros no quisieron dexar sus estancias, no sabiendo lo quel Marqués queria hacer, é así el Marqués salió de la ciudad por la puerta del Hosario, con fasta docientos de caballo é se fué á Alcalá de Guadaya. É allende lo fecho, la comunidad é gente del Duque robaron más de mil é quinientas casas de los parientes é aficionados al Marqués; é así el Duque quedó en Sevilla, de lo que se siguieron infinitos daños é males, no solamente en aquella ciudad, más en toda su comarca; y el Marqués de Alcalá embió llamar toda la gente de sus villas é lugares, é á los Alcaldes de Osuna é Moron, llamados el uno Luis de Pernia y el otro Luis de Godoy, los quales vinieron á gran priesa con la mas gente que pudieron é ay se juntaron con el Marqués fasta mil é quinientas lanzas é dos mil peones, con la qual gente el Marqués salió de Alcalá de Guadaya á tres dias de Agosto de dicho año é dió á entender á todos los que allí iban que querian entrar en la ciudad, é tomó su camino derecho para ella, é como allí estoviesen espías del Duque, fuéronselo á decir; el qual mandó luego armar toda la gente de la ciudad para se poner en defensa; é como el Marqués llegó quanto media legua de la ciudad, tomó el camino del Olivar que va para el Alcántarilla é anduvo tanto, que antes de que anocheciese llegó á las Cabezas con toda su gente ordenada en batallas; é otro dia, que fué sábado, á quatro de Agosto, amanesció sobre la ciudad de Xerez [como quiera que los de Xerez tenían fecho concierto entre sí que si el Duque de Medina viniese, dixesen que no lo podian rescibir de miedo de la parcialidad del Marqués, é si el Marqués viniese los del Duque de Medina dixesen lo mismo de manera que al uno ni al otro lo rescibiesen. Al tiempo que llegó eran salidas mil y cinquenta lanzas á partir los tér-

(1) Este trozo consta solamente en el Códice de que nos hemos servido para esta edición.

minos con los moros, é salió á él Pedro de Vera con un capote vestido, que le mostró por donde avia de entrar porque aun los mas de los caballeros estaban deste concierto, é algunos tenia él ciertos á su voluntad] (1); y entró en ella por el postigo del Alcázar, que por él tenia Manuel Riquel, é otros entraron por la puerta de Santiago, de tal manera que el Marqués de súbito tomó todas las fuerzas de la ciudad, é sin apear, hizo prender de casa en casa á todos los aficionados al Duque, sin ponerse ninguno en defensa, salvo Inigo Lopez, Veinte y quatro, el qual se defendió por gran espacio é fué ferido en la cabeza, é á la fin óvose de dar á prision; los quales luego embió á su tierra y les robaron todo lo que en sus casas tenian. Luego el Marqués mandó pregonar cartas del Rey por las quales le embiaba á mandar que toviese aquella ciudad con la administracion de la justicia; las quales pregonadas é obedescidas, toda la gente se sosegó; el qual fortificó la fortaleza é hizo en ella aquel fosado que agora tiene, para lo que derribó todas las casas que eran mas vecinas á la fortaleza; é los caballeros que mandó prender, dellos embió á Marchena é otros á Arcos, é algunos mandó que quedasen allí, é de allí en adelante se hizo tan cruel guerra entre el Duque y el Marqués como entre moros é christianos. Como el Duque tuviese en San Lucar algunas naos armadas, decian ser para venir sobre Caliz; entre las quales avia una llamada la *Benedeva* que era muy grande. Sabido por el Marqués, mandó armar en Caliz ciertas naos é carabellas, é envió en ellas ciertos capitanes que fuesen á San Lucar é peleasen con la flota del Duque, certificándole que como ellos llegasen en San Lucar, él por la tierra iria con toda la gente de Xerez, lo qual así se puso en obra; é la flota del Marqués peleó de tal manera que fué desbaratada é tomada por el armada del Duque. É como los capitanes della quedasen orgullosos por la vitoria avida, movieron su flota el rio arriba hasta cerca de las Horcadas, tomando é robando todos los navios que fallaron. En el qual tiempo un corregidor quel Duque en San Lucar tenia, llamado Diego de Villalan, como fuese caballero esforzado, á muy gran priesa metió gente en algunas gruesas naos que en Barrameda estaban, é á la vuelta de la flota del Marqués peleó con ella, de manera que el armada del Marqués fué desbaratada, é le fueron tomados algunos navios de los que llevaba, é los otros navios con gran trabajo salieron del puerto despues de haber recibido gran daño.

(1) Todo este párrafo consta así en el códice que hemos seguido para nuestra impresion. En otros que hemos consultado dice como sigue: «y como quiera que el Duque tuviese gran parte en aquella ciudad y todos los aficionados á él rondasen aquella noche, á la mañana se fueron á dormir, al qual tiempo el Marqués llegó á la ciudad y entró en ella por el postigo del Alcázar, que por él tenia Manuel Riquel, etc.»

CAPÍTULO LXV.

De la adversa fortuna acaescida al Rey Duarte de Inglaterra, é de la batalla que ovo despues de vuelta en Inglaterra con el Rey Enrique en que murieron el Rey Enrique y el Conde de Barry é muchos otros.

Como estas cosas en los Reynos de Castilla é de Leon pasasen, é buscasen contrariedades á la bienaventuranza de los Príncipes Don Fernando é Doña Isabel, gran daño se siguió al Rey Luis de Francia por la tornada del Rey Duarte en Inglaterra, el qual como despues de salido del Reyno en él tornase con favor del Duque Carlos de Borgoña su cuñado, é con muchos otros que le ayudaban, prósperamente peleó, é ovo vitoria; en el destierro del qual el Rey Luis de Francia por estraños modos avia trabajado, y en aquel tiempo atentó de pelear con Carlos, Duque de Borgoña, en la qual batalla ovo la fortuna contraria; así que costreñido el Rey de Francia por gran necesidad, ovo de buscar algunas formas con el Duque vencedor, como ya no pudiese ayudar en aquellos dias al Conde de Barrunque; el qual como fuese certificado del gran poder quel Rey Duarte tenia en muy grande armada aparejada, é oviese tenido muchos navios así de ginoveses como de españoles por sueldo el Duque Carlos para este pasage; el Conde de Barrunque con gran diligencia ayuntó quantas gentes pudo de las que deseaban la restitucion del Rey Enrique con el que todos juntos vinieron en batalla contra el Rey Duarte, en la qual tan prospera fortuna ovo Duarte, que el Rey Enrique y el Conde de Barrunque é todos los grandes que lo seguian fueron muertos, é los que ende fueron presos dentro de tres dias los mandó degollar en la ciudad de Londres, en el dia de la pasion de nuestro Señor del año de mil y quatrocientos y setenta y un años. Muerto así el Rey Enrique é todos los que le seguian, falleció la esperanza al Rey Luis de Francia, promovedor de todas estas cosas, que pensaba aver mayor poder para destruir al Rey Don Juan de Aragon é á su hijo el Príncipe Don Fernando é á todos los que lo seguian, y estudiaba no menos hacer en Italia como pensase destruir al Rey Fernando de Napol, aviendo ya por amigo á los venecianos; é pensaba de aver para esto la voluntad del Duque de Milan, Galiario Maria Esforza, é los ginoveses é los florentines; y el papa Paulo en esto estuvo dudoso; y el Rey Don Alonso de Portugal buscaba novedades entre el Rey Don Enrique y él; é comenzó de tratarse casamiento de Doña Juana hija de la Reyna, su sobrina, con él, aunque en público estaba desposada con el Duque Carlos de Guiana, hermano del Rey Luis de Francia; el qual conociendo el error que avia hecho, buscaba como el desposorio se disolviese; lo qual como el Rey Don Enrique conociese, buscó de tratar casamiento de Doña Juana con Don Fadrique, hijo del Rey Fernando de Napol; lo qual si el Rey Fernando aceptara, quedara enemigo del Rey de Aragon, su tio, é del Príncipe Don Fernando, su primo. E dexando esto, el Maes-

tre de Santiago Don Juan Pacheco, procuró casamiento desta Doña Juana con Don Enrique llamado Fortuna, hijo del Infante Don Enrique, Maestre de Santiago. E porque mas notorio sea la forma quel Rey Luis de Francia en su vivir tenia, pareció ser cosa razonable aquí en escribir un trato muy deshonesto por él comenzado, en gran daño é mengua del Rey Don Enrique de Castilla, teniendo con él muy estrecha confederacion é alianza, el que fué que envió en Inglaterra solene embaxada al Rey Duarte, enviándole á rogar é requerir que quisiese con él amistad, é hiciese guerra en los Reynos de Castilla é de Leon, pues de derecho le pertenescian, é le daba su fe que en el tiempo que pusiese planta en tierra con su flota en los Reynos de Castilla, él poderosamente entraria por la tierra, por manera que ligeramente amos á dos podrian ganar estos Reynos, de los quales para sí no queria, salvo los muebles que pudiesen aver para sus despensas, é los Reynos enteramente quedasen para él, pues justamente le pertenescian, y ellos quedasen para siempre amigos é confederados. E al tiempo que el Rey de Francia esta embaxada en Inglaterra embió, estaba ende por su embajador del Rey Don Enrique de Castilla, Don Alonso de Palenzuela, frayle del Orden de San Francisco, hombre muy noble en vida y en ciencia, Obispo de Ciudad Rodrigo, que despues fué de Oviedo; á la qual embaxada el Rey de Inglaterra no quiso en secreto responder, ante embió á decir á los embajadores de Francia que viniesen al Palacio á explicar su embaxada, presentes todos los de su Consejo, y embió decir al Embaxador de Castilla que fuese presente á oír la embaxada quel Rey Luis le embiaba; é juntos así todos en presencia del Rey, los embaxadores del Rey de Francia explicaron su embaxada en la forma dicha, á los quales el Rey Duarte dixo: «Vosotros direis al Rey Luis que oí las cosas que de su parte me dixistes, é de que no poco soy maravillado, sabiendo la estrecha amistad, confederacion é alianza que él tiene con el ilustrísimo Príncipe Don Enrique, Rey de Castilla é de Leon; la qual estando muy firme entrellos, mover trato tan feo é tan detestable entre qualesquier personas, quanto mas entre Reyes, cosa pareció muy estraña de oír; é á lo que dice que yo tengo derecho á los Reynos de Castilla é Leon, direis que no lo tiene bien aprendido, porque tanto que durare el linaje del Rey Don Juan mi tio, de gloriosa memoria, ellos son herederos de aquellos Reynos, y ellos vivientes, yo no tengo á ellos derecho alguno; é al Rey Don Enrique yo lo amo mucho, y lo ayudaria é favoreceria quanto pudiese en todo lo que me menester oviese; é denirleis que yo no tengo en el mundo otro enemigo sino á él, como él posea el Reyno que á mí me pertenesce, é que por eso tenga por cierto que, quando no pensare, yo iré á tomar lo que me pertenesce.» E poco tiempo despues desto el Rey Duarte de Inglaterra pasó poderosamente á Francia, é comenzando facer la guerra, el Rey Luis tovo con él tales formas, que él pagó las despensas que avia

Cr.—III.

fecho y el pasage porque se volviesen en su Reyno, sin le facer mas daño, dándole por cierto tiempo cinquenta mil coronas cada año, las quales algun tiempo el Rey Luis de Francia le pagó é sin empacho é vergüenza públicamente decia que el Rey de Inglaterra vivia con él é le daba cinquenta mil coronas cada año de acostamiento. En este tiempo el Rey Don Enrique de Castilla embió su embaxada al Rey Don Alonso de Portugal para afirmar el casamiento de Doña Juana hija de la Reyna Doña Juana. E al tiempo que los embajadores llegaron, fallaron al Rey de Portugal embarazado, que se partia para Africa; y como supo la venida de los embaxadores, salió de la nao donde estaba por los oír, de que los Grandes que con él iban ovieron gran enojo, sospechando la causa de la embaxada, é suplicándole que ne quisiese venir en el casamiento de Doña Juana sobre aquellos creian aquella embaxada venia despues de ser tantas veces ofrescida é dada á Carlos, Duque de Guiana, é con ella quisiese tantos yernos buscar é con este bueno buscarse todo el mundo enficionar, é no oviese parte donde con él no oviesen tentado; é le suplicaban no quisiese á tan gran gloria quanta avia ganado, tan gran torpeza se juntase. Con todo eso, el Rey de Portugal determinó de aceptar el casamiento; é despues de haber hablado secretamente con los embajadores, en público dixo aver salido de la nao por rescibir mas honradamente aquellos embaxadores por respeto de quien los embiaba; y en presencia de todos dixo á los embaxadores que podian certificar al Rey Don Enrique, que dándole Dios próspero suceso, con muy buena voluntad se veria con él, é daria forma como el amor para siempre entre ellos quedase con gracia de ambos á dos. Las quales cosas en público dichas, el Rey se tornó á la nao é mandó dar las velas al viento.

CAPÍTULO LXVI.

De la venida de D. Rodrigo Ponce de Leon, Marqués de Caliz, á la ciudad de Sevilla.

En este tiempo Don Rodrigo Ponce de Leon, deseando hacer algun ultraje al Duque, determinó de se venir á Sevilla, para lo que con muy gran priesa embió á rogar á todos sus ayudadores, parientes y amigos que á cierto dia fuesen con él en Xerez; los quales muy prestamente vinieron, é así mismo todas las gentes de sus villas é lugares. E como el Duque supiese el llamamiento que el Marqués hacia, embió llamar todos sus amigos, de los quales ninguno quiso venir, salvo Don Alonso de Cárdenas, Comendador Mayor de Leon, que despues fué Maestre de Santiago, del que una sola hija que tenia era esposa de Don Pedro de Guzman, hermano del Duque, el que vino en Sevilla con trecientas y treinta lanzas. El Marqués á gran priesa se partió de Xerez, contra la voluntad de muchos que con él venian, por mostrar á los sevillanos del infortunio pasado averle resultado mayor poder, lo que tanto mas provecho se le parecia, quanto mas presto